

Stefan Zweig



B
B

Brasil

País de futuro

Brasil. País de futuro fue una de las últimas muestras del elegante liberalismo del autor. Con la destreza y la sensibilidad a la que nos tiene acostumbrados, Zweig recorre el pasado y el presente de un país alejado de las grandes guerras europeas que le empujaron a abandonar el continente. En un tono esperanzado y profético, perfiló el testamento de un expatriado que pese a alojar en sus ojos la tristeza del hombre que ha presenciado el derrumbe de una civilización, hizo de las ascuas raigambre para un canto a la vida y al entusiasmo; «Si el paraíso existe en algún lado del planeta, ¡no podría estar muy lejos de aquí!». Zweig encontró en Brasil una segunda patria intelectual en la que guarecerse durante sus últimos años de vida, y de esa comunión entre el viejo y el nuevo mundo nace esta obra de madurez, un despliegue de diáfanas perspectivas y coloristas superposiciones que da fe de la inquietud de un hombre que buscó respuestas al absurdo de la historia y que, tristemente, pareció encontrarlas en el esbozo futuro de un país lejano que jamás llegaría a conocer. El resultado es un libro brillante y profundo en el que se entreven los deseos de un «lo que podría ser», una afirmación patética del «no todo está perdido»; de nuevo, una enorme lección de clarividencia y nobleza.

PRÓLOGO

No es ésta una presentación, una introducción que, afortunadamente, nuestro público dispensaría a la fama mundial de Stefan Zweig: es un agradecimiento. Fue nuestro huésped, vivió algún tiempo aquí; fue de Bahía al Amazonas, de Pernambuco a Sao Paulo, de Minas al Río Grande; habitó, luego, en Río de Janeiro. Es un enamorado de nuestra tierra y de nuestra gente.

El Brasil es como las mujeres bonitas: tiene enamorados de toda índole, incluso desinteresados. No quieren nada, ni una mirada, ni una sonrisa, nada. Les basta amar. Llamamos a eso «amor de caboclo»: hasta el enamorado lo ignora. Así era el amor caballeresco. Goethe lo resumió en esta frase: «Si te quiero, ¿qué te importa?» Así es Zweig.

Sus libros aparecen editados en seis y aun más idiomas —¡algunos, en dieciocho!—; a veces, en ediciones dobles: en inglés para Inglaterra y los Dominios, en inglés también para América del Norte..., España e Hispanoamérica..., Portugal y Brasil... Es el escritor más impreso, más divulgado y más leído del mundo: ensayos, biografías noveladas, ficción, pura. El autor es un encanto de convivencia, de conversación, de sencillez: ternura y poesía. Pudiendo estar, agasajado, en los Estados Unidos, como Maurois, o en la Argentina, como Waldo Frank..., aquí está, aquí estuvo, sin ruido, en el Brasil. Aquí, no fue al palacio de Catete ni al de Itamaratí, ni a las embajadas, ni a la Academia, ni al D.I.P., ni a los diarios, ni a las radios, ni a los hoteles-pala-

cios... Anduvo, paseó, vio, viajó, vivió. No quiso nada, ni condecoraciones, ni fiestas, ni recepciones, ni discursos... No quiso nada.

Bahía quiso recibir su visita y le invitó. Aceptó conmovido, pero fijó condiciones: ni contribución a los gastos, ni hospedaje de invitado, ni recepciones, ni conferencias, nada. Gustaba del Brasil, gustaría también de Bahía, y no quería nada más. Quería ver, sentir, pensar, escribir libremente...

Todo, esto generó este libro, este gran libro, libro de amor presente y esperanza futura, que aparece en inmensas ediciones, en Norteamérica, en Inglaterra, en Suecia, en la Argentina, en francés y alemán también —seis a la vez—; la menor de ellas, la brasileña... Es el más «favorecido» de los retratos del Brasil. Nunca la propaganda interesada, nacional o extranjera, habla tan bien de nuestro país, y el autor no desea recibir por ello, ni un apretón de manos, ningún agradecimiento. Amor sin retribución. «Amor de caboclo» supercivilizado: la enamorada se enterará ahora y quedará confusa de tanto bienquerer, Él, en tanto, ya partió. Dejó apenas esta declaración. Declaración capaz de dar envidia a la hermosura más presumida. Los «patriamada», los «ufanistas» pondrán las caras largas, pues hasta la fecha ninguno escribió libro igual sobre el Brasil.

El amor hace tales milagros. Si él fuese un político, un diplomático, un economista, se quedaría perplejo. La explicación es sólo ésta: Stefan Zweig es poeta, es hoy el mayor poeta del mundo, poeta con o sin versos, pero con poesía sentida, vivida, escrita por el más suave prosista del mundo...

AFRANIO PEIXOTO Julio, 1941.

PREFACIO

En tiempos pasados, los escritores, al dar un libro a publicidad, solían adelantar un breve preámbulo en el que comunicaban honradamente por qué motivos, desde qué puntos de vista y con qué propósitos habían escrito su obra. Fue ésta una costumbre buena. Porque mediante la franqueza, y la alocución directa establecía una inteligencia cabal entre el autor y aquellos para quienes la obra era escrita. Y del mismo modo, yo también quisiera decir, con toda rectitud, lo que me impulsó a dedicarme a un tema aparentemente muy ajeno a mi habitual esfera de trabajo.

Cuando en el año 1936 debía dirigirme a la Argentina para tomar parte en el Congreso de los Pen Clubs en Buenos Aires, agregóse a ello la invitación de hacer simultáneamente una visita al Brasil. Mis esperanzas no eran mayormente nutridas. Tenía yo la presuntuosa idea media del europeo o norteamericano respecto al Brasil, que ahora me esfuerzo por reconstruir: cualquiera de las repúblicas sudamericanas, que no se distinguen claramente una de otra, con un clima cálido y malsano, condiciones políticas revueltas y finanzas disolutas, negligentemente administrada, y sólo medianamente civilizada en las ciudades costeras, pero de muy hermoso paisaje y grandes posibilidades inexploradas; un país, pues, a propósito para emigrantes desesperados o colonos, pero de ningún modo un país del que pudiera esperarse un aliciente intelectual. Dedicarle unos diez días me parecía lo suficiente para una persona que no

era, por profesión, geógrafo, coleccionista de mariposas, cazador, deportista ni comerciante. Ocho días, o cuanto mucho diez, y luego volver prontamente, pensaba, y no me avergüenzo de registrar tan necia posición. La considero hasta importante, pues es, aproximadamente, la misma que aun hoy se adopta por lo común en nuestros círculos europeos y norteamericanos. El Brasil es hoy, en el sentido cultural, tan *terra incognita* todavía, como lo fue en el sentido geográfico, para los primeros navegantes. Me sorprenden de continuo los conceptos confusos e insuficientes que aun hombres cultos y de inquietudes políticas manifiestan con respecto a ese país, que, sin embargo, está destinado a convertirse en uno de los factores más importantes del futuro desenvolvimiento de nuestro mundo. Cuando, v. g., un comerciante de Boston habló hartó despectivamente, a bordo, de los pequeños Estados sudamericanos y yo traté de hacerle presente que el Brasil sólo abarca un territorio mayor que el de los Estados Unidos, creía que yo estaba haciendo una broma y sólo quiso convencerse luego de haber echado una mirada al mapamundi. En la novela de un autor inglés muy renombrado, para citar otro ejemplo, descubrí el divertido detalle de que envía a su protagonista a Río de Janeiro para que allí aprenda el español. Pero ese autor no es más que uno entre una infinidad de hombres que ignoran que en el Brasil se habla el portugués. Sin embargo, no me cuadra, según tengo dicho, reprochar orgullosamente a otros sus conocimientos escasos; yo mismo, al salir por primera vez de Europa, no sabía nada, o por lo menos nada digno de fe, en cuanto al Brasil.

Prodújome, entonces, el arribo a Río, una de las impresiones más grandiosas que recibí en todos los días de mi vida. Estaba fascinado y al mismo tiempo conmovido, pues no sólo se me presentó en ese instante uno de los paisajes más hermosos del mundo, esa combinación sin par de mar y montaña, ciudad y naturaleza tropical, sino también una suerte completamente nueva de civilización. Contra toda

mi previsión, me hallé ante un cuadro absolutamente singular, de una arquitectura y disposición urbana limpia y ordenada, ante un atrevimiento y una magnificencia en todas las rosas nuevas y, a la vez, una cultura antigua conservada con particular eficacia, gracias a la distancia. Había ahí color y movimiento, el ojo., excitado no se cansaba de mirar, y dondequiera que se dirigía, se regocijaba. Me hundí en una embriaguez de belleza y felicidad que agitó los sentidos, tendió los nervios, alivió el corazón, activó el espíritu, y por mucho que veía, nunca era suficiente. En los últimos días viajé al interior o, mejor dicho, creía viajar al interior. Viajé doce, catorce horas hasta Sao Paulo, hasta Campiñas, creyendo acercarme más así al corazón de ese país. Pero cuando, de regreso, consulté el mapa, descubrí que con esas doce o catorce horas de viaje en ferrocarril apenas había penetrado la piel; por primera vez empecé a barruntar la grandeza inimaginable de ese país, que, en verdad, ya no debería llamarse país sino más bien continente, un mundo con cabida para trescientos, cuatrocientos, quinientos millones de hombres y una riqueza inconmensurable, explotada en menos de su milésima parte, bajo una tierra exuberante y virgen. Un país que pese a toda la actividad diligente, constructiva, creadora y organizadora, que pese a su desenvolvimiento rápido sólo se halla en el comienzo del mismo. Un país cuya importancia para las generaciones venideras no pueden prever ni aun las combinaciones más atrevidas. Y con asombrosa rapidez se esfumó la arrogancia europea que había, traído conmigo, harto inútilmente. Sabía que acababa de echar un vistazo sobre el porvenir de nuestro mundo.

Y cuando el barco se alejó —en una noche estrellada en que, no obstante, aquella ciudad singular brillaba con sus teorías de perlas de luz eléctrica más bella y mágicamente que las chispas del firmamento—, yo tenía la certidumbre de que no había visto por última vez a esa ciudad, a ese país, y supe con toda claridad que en realidad no había vis-

to nada, o, de todos modos, no había visto bastante. Me propuse volver al año siguiente, ya mejor preparado y dispuesto a permanecer más tiempo para experimentar una vez más, y más intensamente, esa sensación de vivir entre lo naciente, lo venidero, lo futuro, y para gozar más conscientemente la seguridad de la paz, la grata atmósfera hospitalaria. Pero no me fue posible dar cumplimiento a mi promesa. Al año siguiente, había guerra en España y la gente se decía: espera una época más tranquila. En 1938 sucumbió Austria y nuevamente aguardóse un momento de mayor calma. Luego, en 1939, fue Checoslovaquia, después la guerra en Polonia y más tarde la guerra de todos contra todos en nuestra Europa suicida. Fue cada vez más apasionado mi anhelo de huir por un tiempo de un mundo que se desgarra a otro que construye pacífica y productivamente; y por fin llegué otra vez a ese país, mejor y más a conciencia preparado para tratar de ofrecer un modesto cuadro del mismo.

Sé que este cuadro no es completo y que no puede serlo. Es imposible conocer acabadamente el Brasil, un mundo tan dilatado. Viví aproximadamente medio año en, este país y sólo ahora me consta cuánto me falta, a pesar de todo el afán de aprender y de todos los viajes, para tener una visión completa de ese país enorme, y que una existencia entera apenas bastaría para que uno pudiera decir: conozco el Brasil. En primer lugar, no he visto en absoluto una serie de provincias, cada una de las cuales tiene la extensión de Francia o Alemania, y aun más, no he recorrido tampoco las regiones de Matto Grosso, Goyaz, ni la selva regada por el Amazonas, que ni aun las expediciones científicas han penetrado completamente. No estoy familiarizado, pues, con la vida primitiva de esos núcleos de viviendas diseminadas por espacios dilatadísimos, ni puedo, por lo tanto, presentar un cuadro de la existencia de todas estas clases sociales apenas alcanzadas por la cultura: la vida de los *barqueiros*, que navegan sobre los ríos, la de los caboclos de

la región amazónica, la de los buscadores de diamantes, los garimpeiros, la de los vaqueiros y gauchos, ni la de los trabajadores de las plantaciones de caucho en la selva virgen, los seringueiros, ni la de los baranqueiros de Minas Geraes. No visité las colonias alemanas de Santa Catalina, donde, según se dice, en las casas viejas cuelga aún el retrato del emperador Guillermo, y en las nuevas, el de Hitler, ni las colonias japonesas del interior de Sao Paulo, y no puedo informar a nadie a ciencia cierta si algunas tribus indias de las selvas impenetrables se dedican todavía, realmente, al canibalismo.

En cuanto a los paisajes dignos de admirarse, también conozco muchos de los más notables sólo a través de fotografías y libros. No hice el recorrido de veinte días a lo largo de la selva verde y, dentro de su monotonía magnífica, del Amazonas; no llegué hasta las fronteras del Perú, y Bolivia, y debido a las dificultades con que tropieza la navegación durante la temporada desfavorable, he tenido que renunciar también a la oportunidad de hacer los doce días de viaje hasta el río San Francisco, el río interior más importante del Brasil y tan significativo para su historia. No ascendí al Itaiata, el pico de tres mil metros de altura, desde cuya cima la vista abarca la altiplanicie brasileña hasta muy adentro de Minas Geraes y hasta Río de Janeiro. No vi la maravilla mundial del Iguazú, que en cataratas espumantes precipita las masas más enormes de agua y cuya grandiosidad, al decir de los visitantes, supera aún la del Niágara. No penetré con hacha y machete en la espesura sorda y abigarrada de la selva virgen. Pese a todos los viajes, a todo mirar, aprender, leer y buscar, no me he salido gran cosa del borde de la civilización en el Brasil, y debo conformarme pensando, que apenas si he encontrado dos o tres brasileños habilitados para afirmar que conocen la profundidad interior y casi impenetrable de su propio país, y que el ferrocarril, el buque a vapor y el automóvil tampoco me habrían

conducido mucho más lejos y que ellos también son impotentes frente a la extensión fantástica de ese país.

Debo privarme, además, honradamente, de ofrecer conclusiones, predicciones y profecías en cuanto al porvenir económico, financiero y político del Brasil. Desde los puntos de vista económico, sociológico y cultural, los problemas del Brasil son tan nuevos, tan peculiares y, debido a su extensión, tan difíciles de abarcar, que cada uno de ellos requeriría para su estudio concienzudo toda una falange de especialistas. Una visión completa es imposible en un país que no acaba aún de tener una visión de su conjunto y que, además, se halla en un crecimiento tan impetuoso que todo informe y toda estadística resultan superados por los hechos, aun antes de que el informe esté terminado de redactar y haya pasado por la imprenta. Por eso entresacaré de la abundancia de aspectos un problema solo para convertirlo en espina dorsal de este trabajo, aquel problema que conceptúo el de más actualidad y el que tanto en la esfera espiritual como en la moral confiere al Brasil, actualmente, un rango particular entre todas las naciones de la Tierra.

Este problema central, que se impone a cada generación y por consiguiente también a la nuestra, constituye la réplica a la pregunta más simple y, sin embargo, más necesaria: ¿Cómo puede conseguirse en nuestro mundo una convivencia pacífica de los hombres a pesar de las más decididas diferencias de raza, clase, color, religión y convicciones? Es el problema que se presenta perentoriamente, una y otra vez, a cada Estado. A ningún país se planteó, por una constelación particularmente complicada, de un modo más peligroso que al Brasil, y ninguno lo ha resuelto tan feliz y ejemplarmente como el Brasil. Atestiguarlo, agradecido, es el objeto de este libro. Lo ha resuelto de un modo que, a mi juicio personal, reclama, no sólo la atención, sino también la admiración del mundo.

De acuerdo con su estructuración etnológica, y en el supuesto de que hubiera recogido la ilusión europea naciona-

lista y de raza, el Brasil tendría que ser el país más desgarrado, más intranquilo y menos pacífico del mundo. A simple vista se reconocen todavía, en la calle y en los mercados, las razas más distintas que constituyen la población. Hay los descendientes de los portugueses que conquistaron y colonizaron el país, la población aborígen india, que habita el interior desde tiempos inmemoriales, los millones de negros que en los tiempos de la esclavitud fueron traídos de África, y junto a todos ellos los millones de italianos, alemanes y hasta japoneses que llegaron al país como colonos; de acuerdo con la posición europea, habría que suponer que esos grupos se enfrentan mutuamente de un modo adverso, los primeros venidos contra los recién venidos, los blancos contra los negros, americanos contra europeos, morenos contra amarillos; habría que suponer que mayorías y minorías se hallasen en lucha por sus derechos y privilegios. Y asombradísimo, se observa que todas estas razas, visiblemente diferenciadas por el mero color ya, viven en la más acabada armonía y que, a pesar de su origen individual, sólo compiten en la ambición de despojarse de las peculiaridades primitivas para convertirse cuanto antes y todo lo más perfectamente posible en brasileños, en una nueva y uniforme nación. El Brasil —y la significación de este experimento magnífico me parece ejemplar— llevó el problema racial, que trastorna nuestro mundo europeo, del modo más simple *ad absurdum*: ignorando sencillamente su pretendida validez. Mientras en nuestro mundo viejo predomina más que nunca la idea absurda de querer criar hombres «racialmente puros», como caballos de carrera y perros, la nación brasileña descansa desde hace siglos exclusivamente sobre el principio de la mezcla libre y sin trabas, de la igualdad absoluta de negros y blancos, morenos y amarillos. Lo que en otros países sólo establecido teóricamente en papel y pergamino, la absoluta igualdad civil, tanto en la vida privada como en la vida pública, surte aquí efectos visibles en el espacio real, en la escuela, en los car-

gos públicos, en las iglesias, en las profesiones, en el ejército, en las universidades, en las cátedras; es cosa encantadora ver los niños que conjugan todos los matices del color de la piel humana —chocolate, leche y café— salir de las escuelas tomados del brazo, y esa trabazón tanto física como espiritual, alcanza hasta las capas supremas, las academias y los puestos gubernamentales. No existen límites de color, divisiones, ni estratificaciones orgullosas, y nada es más característico para la naturalidad de esa nivelación que la ausencia de toda palabra despectiva en el lenguaje. Mientras, entre nosotros, de nación en nación, se inventó una palabra mortificante o burlona para las demás, el *Katzelinacher* o el *boche*, el vocabulario brasileño carece absolutamente del correspondiente término denigrante para el *nigger* o el *criollo*, pues ¿quién pudiera, quién quisiera enorgullecerse aquí de absoluta pureza racial? Aunque sea exagerada la afirmación irritada de Gobineau, en el sentido de que en todo el Brasil había encontrado una única persona de raza pura, el emperador don Pedro, forzoso es decir que, salvo los recién inmigrados, el brasileño de ley tiene la certeza de que en sus venas corren cuando gotas de sangre nacional. Pero ¡Milagro sobre milagro!: no se avergüenza de ello. El principio pretendidamente destructivo de la mezcla, ese horror, ese «pecado contra la sangre» de nuestros teóricos maniáticos de la raza, constituye aquí un aglutinante conscientemente utilizado de una cultura nacional. Sobre este fundamento se viene levantando desde hace cuatro siglos una nación, y —¡portento!— la permanente interfusión y la adaptación recíproca bajo un mismo clima e idénticas condiciones de vida produjo un tipo absolutamente individual, que no tiene ninguna de las condiciones «disolventes» proclamadas por los fanáticos de la raza. Rara vez se encontrarán, en parte, alguna del mundo, mujeres más bonitas y niños más hermosos que entre los mestizos, delicados de talla, suaves de comportamiento; regocijado, obsérvase en los rostros semioscuros de los estudiantes la

inteligencia hermanada con una serena modestia y cortesía. Cierta dulzura, una moderada melancolía va estableciendo un contraste nuevo y muy personal con el tipo más rudo y activo del norteamericano. Lo que se «pervierte» en esa mezcla son únicamente los contrastes vehementes y, por lo mismo, peligrosos. Esa disolución sistemática de los grupos nacionales o raciales cerrados, y cerrados sobre todo en formación de lucha, facilitó enormemente la creación, de una conciencia nacional y es asombroso cuán absolutamente la segunda generación se siente ya nada más que brasileña. Son siempre los hechos que con su innegable fuerza evidente desmienten las teorías de papel de los dogmáticos. Por eso, el experimento brasileño con su negación absoluta y consciente de todas las diferencias de color y de raza significa acaso, con su éxito visible, el aporte más importante a la liquidación de una ilusión que trajo a nuestro mundo más desazón y desgracia que cualquiera otra.

Y ahora se sabe también por qué se siente tal alivio del alma en cuanto se pisa esta tierra. Primero se cree que ese efecto de alivio y apaciguamiento no constituye más que un goce para la vista, una bienaventurada asimilación de la sin par belleza que atrae al recién llegado, por así decirlo, con suaves brazos abiertos. Pero no se tarda en reconocer que esa disposición armoniosa de la naturaleza ha pasado aquí a la actitud frente a la vida de una nación entera. La total ausencia de cualquier suerte de odiosidad en la vida pública, lo mismo que en la privada, se le ofrece al que acaba de sustraerse a la irritación demente de Europa, primero como cosa inverosímil, y luego como beneficio inmenso. La terrible tensión que sacude nuestros nervios desde hace dos lustros ya, está aquí eliminada casi por completo; todos los contrastes, aun aquellos de índole social, tienen aquí mucho menos rigor y, sobre todo, carecen de puntos envenenados. Aquí, la política con todas sus perfidias, no es aún punto de partida de la vida privada ni centro de todo el pensar y sentir. La primera sorpresa, que lue-

go se renueva diariamente de un modo bienhechor, la que se recibe apenas se pisa esta tierra, consiste en la forma amable y falta de fanatismo en que los hombres conviven dentro de este espacio enorme. Se respira involuntariamente aliviado por haberse evadido del aire viciado del odio de razas y clases, en esta atmósfera más quieta y más humana. Hay aquí, sin duda, una mayor lasitud en la actitud vital. Bajo el efecto insensiblemente relajador del clima, los hombres desarrollan menos empuje, menos vehemencia, menos dinamismo, vale decir, menos de aquellas condiciones que hoy en día una sobreestimación trágica pondera como los valores morales de un pueblo; pero los que hemos experimentado en nuestra propia suerte las consecuencias nefastas de esas sobreexcitaciones psíquicas, de esa avidéz y ese afán de poder, disfrutamos de esa forma más placentera y sosegada de la vida como de un beneficio y de una dicha. Nada me es más ajeno que querer despertar el concepto engañoso de que, en el Brasil hoy todo hubiera alcanzado ya un estado ideal. Muchas cosas sólo se hallan en sus principios o en transición. El nivel de vida de una gran parte de la población, permanece todavía sensiblemente debajo del nuestro. La tarea industrial y técnica de ese pueblo de cincuenta millones de individuos sólo puede compararse, todavía, con aquella que cumple uno de los Estados menores de Europa. Aun el mecanismo administrativo no funciona a la perfección y, a menudo, se traba y se interrumpe. Viajando unos pocos centenares de millas al interior, se retrocede todavía hacia el primitivismo y hacia un siglo atrás. El que llega por primera vez al país, tendrá que adaptarse, en la vida cotidiana, a pequeñas faltas de puntualidad e inexactitudes, a cierta lasitud, y determinados viajeros que sólo ven, el mundo desde el hotel y el automóvil, pueden permitirse aún el lujo de regresar a su país de origen con la sensación engréida de su superioridad cultural, y considerando muchas cosas en el Brasil arcaicas e insuficientes. Pero los acontecimientos de los últimos años

han modificado esencialmente nuestra opinión respecto al valor de los términos «civilización» y «cultura». Ya no estamos dispuestos a equipararlos así porque sí con los conceptos de «organización» y «comodidad». No hay nada que hubiera fomentado más ese error fatal que la estadística, que, como ciencia mecánica, calcula a cuánto asciende en un país la fortuna del pueblo, cuál es la individual en la misma, cuántos autos, cuartos de baño, receptores de radio y cuotas para seguro corresponden por término medio a cada tantos habitantes. De acuerdo con esas tablas, los pueblos más cultos y civilizados serían aquellos que poseen el más fuerte, ímpetu de la producción, el máximo de consumo y la mayor cantidad de capital individual. Pero esas tablas no registran un elemento importante, ellas no calculan el modo de pensar humano, que, a nuestro juicio, representa la escala más esencial de la cultura y la civilización. Hemos visto que la más perfecta organización no impide a ciertos pueblos emplear esa organización únicamente en el sentido de la bestialidad, en lugar de aprovecharla en el sentido de la humanidad, y que nuestra civilización europea se ha abandonado a sí misma por dos veces en el curso de un cuarto de siglo. Ya no estamos dispuestos a reconocer una jerarquía en el sentido de la eficacia industrial, financiera, militar de un pueblo, sino que medimos la ejemplaridad de un país en su carácter pacífico y en su actitud humana.

En este sentido —a mi parecer, el más importante de todos— considero al Brasil como uno de los países más ejemplares y, por lo mismo, más dignos de afecto del mundo. Es un país que odia la guerra y aun más: que, puede decirse, la ignora. Excepción hecha del episodio paraguayo insensatamente provocado por un dictador enloquecido, desde hace más de un siglo el Brasil ha resuelto todos sus conflictos de límites con sus vecinos mediante convenios amigables o la apelación a tribunales de arbitraje internacionales. Su orgullo no lo constituyen generales, ni son ellos sus héroes, sino que considera como tales a los estadistas como